





GÉLIDA HUELLA



Itziar J. de Aberasturi

GÉLIDA HUELLA



Primera edición: marzo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Itziar J. de Aberasturi

ISBN: 978-84-16824-94-6

ISBN digital: 978-84-16824-95-3

Depósito legal: M-33754-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





«Dime, ¿qué crees tú que es la muerte? ¿Un balazo en mitad del corazón? No. ¿Una enfermedad que consuma el cuerpo? Tampoco. ¿Un veneno que corrompa la sangre? No, señor. La muerte es cuando el mundo te olvida».

Hiluluk — One Piece.

¿Alguna vez habéis sentido la gélida huella de la muerte cernerse sobre vosotros? Yo sí, y en más de una ocasión. Soy un superviviente y aun así no puedo evitar hacerme las mismas preguntas que todos vosotros. ¿Dolerá? ¿Qué sucederá después? ¿Existe el paraíso? ¿Y el infierno? ¿Me reencarnaré? ¿O simplemente no habrá nada más que una inmensa oscuridad? No os puedo responder a esas preguntas porque ni yo mismo lo sé. Lo único que puedo deciros es que mi caso es muy diferente, dejé de temer a la muerte hace ya mucho tiempo... desde aquel día...

Mi nombre es Lucas, y vengo a contaros mi historia.



Índice

PRÓLOGO	13
Capítulo 1 MALA SUERTE	15
Capítulo 2 EL DESPERTAR.....	23
Capítulo 3 INDELEBLE	33
Capítulo 4 DESCUBRIMIENTO.....	43
Capítulo 5 ATARAXIA	57
Capítulo 6 CONOCIMIENTO.....	63
Capítulo 7 EN PRÁCTICAS.....	75
Capítulo 8 SINFONÍA	83
Capítulo 9 VELTESTA	97
Capítulo 10 LA VERDAD	105
Capítulo 11 REBELDÍA	123
Capítulo 12 BASURTO.....	133
Capítulo 13 DESCUBRIMIENTO	147
Capítulo 14 AYUDA	161
Capítulo 15 LUTO.....	173
Capítulo 16 GIACERE.....	189
Capítulo 17 EL PACTO.....	207
EPÍLOGO	225
AGRADECIMIENTOS.....	231



PRÓLOGO

Las sombras corrían hambrientas por la interminable oscuridad. Algo las había despertado de su letargo. Un aroma, un ligero olor a carne humana. Un humano se había atrevido a surcar la línea del más allá y adentrarse en las lindes de la oscuridad. ¿Qué alma desesperada se atrevería a ello? Estaba claro que esa persona no conocía la presencia de las sombras, sino no se hubiera atrevido a adentrarse en ese oscuro y frío mundo.

Las sombras seguían avanzando, se agruparon a medida que progresaban, sabían dónde se encontraba ese humano y no tardarían en llegar. Su uniforme cuerpo no les permitía ir lo rápido que sus estómagos hubieran querido.

Pero ninguna de ellas notó la presencia de las otras dos personas que rodeaban al humano. Una solitaria sombra que sujetaba con fuerza su carnoso y delicioso cuerpo, pero que era incapaz de devorarlo. Eso era debido a la tercera persona. La controlaba y no le permitía morder al humano, por más que su voraz hambre la impulsara a ello.

Ella, la tercera persona, controlaba todo el reino de oscuridad, ninguna sombra se atrevería a hacerla daño. A ella no, pero al humano sí, entonces ¿por qué no atacaba aquella solitaria sombra? ¿A qué esperaba? Si no se daba prisa, el resto de sombras se lo robarían. Sería el final del humano, pero ninguna sintió remordimiento alguno. Él había decidido cruzar, ahora era comida para ellas. No podían eludir su hambre, no después de tanto tiempo presas de ese claustrofóbico y terrorífico lugar. Sus impulsos eran mayores.

Ya estaban cerca, podían sentir su olor con más fuerza, unos pocos pasos más y podrían tocarlo, al humano. Un sabroso festín les esperaba después de tantos años en ayunas. Las sombras se tensaron y empezaron

a pelear unas con las otras, el humano era pequeño y solo unas pocas podrían disfrutar de él, ninguna estaba dispuesta a renunciar a su presa.

Acababan de distinguirlo a lo lejos cuando desapareció ante sus inexistentes ojos. La tercera presencia también había desaparecido junto a él. Dejando a la solitaria sombra sola, ante un gran grupo de hambrientas y furiosas sombras acechantes.



Capítulo 1

MALA SUERTE

Me desperté sobresaltado, algo me había golpeado la tripa arrancándome del profundo sueño en el que me encontraba. Me enderecé sobre la cama y vi a Trafi, una gatita gris perla de ojos amarillos que estaba cuidando durante unos días, tenía la mala costumbre de quedarse dormida en mi cama, concretamente en mis pies.

—¡Condenada gata! ¡Qué susto me has dado! —exclamé malhumorado.

Iba a sacarla de la cama, airado por tirarse encima de mí, cuando me fijé en la hora que marcaba el despertador. Las siete de la mañana, me había dormido. El dichoso aparato no había sonado y ya llevaba media hora más de lo debido en la cama, si no me daba prisa iba a llegar tarde. El despertador llevaba más de una semana dándome problemas con la hora, estaba claro que ya iba siendo hora de cambiarlo. Al parecer tenía que darle las gracias a la gata por despertarme. Curioso.

—Muy bien pequeña, muy bien —murmuré somnoliento, le dediqué una caricia, ella me devolvió un sonoro ronroneo y se deslizó de entre mis brazos para hacerse un ovillo en su lado de la cama.

Así que, de mala gana, me levanté y me vestí lo más rápido que pude. Tampoco me supuso mucho tiempo, teniendo en cuenta la escasez de ropa que tenía. Hacía mucho que no iba de compras y hacía mucho más tiempo aún, que no iba a la «moda» al condenado instituto, como los demás chavales de mi curso.

Me terminé de atar los cordones de las Converse negras y miré el reloj, las ocho. Tendría que irme sin desayunar, algo que más tarde lamentaría. Me despedí de Trafi y recogí la mochila de clase del suelo, que estaba tal cual la había dejado ayer al regresar del instituto.



Vivía en un piso pequeño con mi padre, lo que suponía que estuviera la mayor parte del tiempo más sucio que limpio y que la mayoría de la comida fuese en lata, envasada y precocinada. Todo un arte culinario. Atravesé el salón lo más rápido que pude, no sin antes echar una ojeada, para ver a mi padre tumbado en el sofá, parecía dormido. Estaba tumbado boca arriba sobre el sofá negro, cubierto con una manta roja. Ni siquiera se había quitado los zapatos.

Al parecer ayer trabajó de noche. Trabajaba en una pequeña fábrica a las afueras de Bilbao. Bueno, ese había sido su último trabajo, antes estuvo de mecánico, luego de camionero, y creo recordar que cuando yo era más pequeño fue repartidor de pizzas. Todos los sábados teníamos pizza para desayunar. Me miré en el espejo del recibidor antes de coger las llaves de la mesilla de la entrada, tenía mala cara, había pasado otra noche con pesadillas, algo que ya se estaba volviendo habitual. Mi extrema palidez no hacía buena combinación con mis permanentes ojeras ni con mis ojos azules. Al menos no me tenía que preocupar de mi pelo, estaba liso como una tabla. Suspiré resignado ante el espejo. Ya estaba listo y el tiempo seguía corriendo en mi contra, apagué las luces y salí de casa.

Debía darme prisa si quería llegar a tiempo, bajé apresurado las escaleras de dos en dos, al llegar al rellano del portal observé que estaba empezando a llover. «¡Mierda!» mascullé, no tenía tiempo para regresar a casa a por un paraguas, me coloqué la capucha de la sudadera en la cabeza, me encogí de hombros y comencé a correr por debajo de las cornisas esquivando a los demás transeúntes.

Como se me estaba echando el tiempo encima, decidí coger un atajo, fue una terrible idea, de veras, la peor que pude tomar en años, pero claro, en aquel momento yo no sabía nada de lo que me iba a deparar el futuro.

Mi piso no quedaba muy lejos de uno de los peores barrios de la ciudad, o eso decía mi padre al menos, todas las mañanas procuraba evitarlo tomando un camino un poco más largo. No me agradaba encontrarme a borrachos y drogadictos en medio de la calle a tan temprana hora. Tampoco me gustaba pasar de noche, cuando las prostitutas tendían a confundirme con algún adulto. Pero hoy no tenía tiempo para darme mi paseo matutino, por lo tanto, me metí por varios callejones que me llevaron a la calle de San Francisco, solo tenía que terminar de bajar la cuesta y doblar a la izquierda para dar paso a una nueva calle lejos de los peligros acechantes.

Fue entonces cuando me resbalé. Había pisado una baldosa rota y me patiné a causa del agua. Caí de bruces contra el suelo. Una torpe y estúpida caída con la que, por suerte, no me había hecho ninguna torcedura. Me miré enseguida la ropa, que sí había sufrido daños, estaba llena de barro y de un líquido negro que preferí no saber que era, me había calado hasta las trancas. No me podía creer la mala suerte que estaba teniendo ese día; no solo llegaba tarde, sino empapado y sucio, otro plus a mí ya mala reputación en el instituto.

De mala gana me descolgué la mochila del hombro, lanzándola con fuerza contra el suelo. Un pequeño ataque de ira contra el día tan estu-
pendo que estaba teniendo, sinceramente no pensaba que el día pudiera ir a peor. Entonces lo oí. Fue un golpe, contra un contenedor de basura tal vez. Me quedé quieto, agazapado en el suelo, miré a mi alrededor y no vi a nadie hasta que escuché otra vez un golpe seco contra otro contenedor, esta vez sí estaba seguro de ello, había reconocido el ruido. Una lata vacía salió rodando de detrás de una bolsa de basura del suelo y fue a dar junto a mis pies.

—Tranquilízate tío, se te ha ido la pinza, solo es una lata, cálmate — me susurré a mí mismo y recogí la mochila del suelo. Alguien había tenido que golpear la lata para que saliera rodando, y no estaba en el mejor barrio como para quedarme a descubrir quién era. Me serené un poco, si me dejaba llevar por la ira era probable que acabase metido en algún lío.

Me giré lentamente, y miré hacia atrás, hacia el ruido de antes. Me pareció ver una sombra en una de las callejuelas, me levanté y me alejé procurando no hacer ningún ruido. Probablemente serían dos borrachos peleándose por el último brik de vino y yo no quería inmiscuirme en una pelea que no me incumbía en lo más mínimo. No había dado ni dos pasos cuando un hombre salió volando de la callejuela y calló al lado mío con un sonoro golpe en la cabeza.

Me pareció escucharme soltar alguna palabrota, pero me había quedado paralizado, un hombre había sido lanzado desde el callejón a escasos centímetros míos. Me fijé más en él. Era un hombre alto, pero poco corpulento, llevaba medio lado de la cabeza rapada y estaba malherido, una herida muy fea asomaba por debajo de la camisa que llevaba. «Un navajazo», fue lo que pensé, y entré en pánico. ¿Y si eran dos drogadictos peleándose por la droga y uno de ellos se habían enfadado y le había

acuchillado para quedarse con toda? ¿Y si yo me había convertido en un testigo al que tendría que matar?

Cuando me di cuenta había recogido la mochila del suelo y estaba corriendo calle abajo. No me atreví a girarme en ningún momento, no podía, tenía que largarme de allí cuanto antes. Nunca me había parecido tan larga la calle como ahora. Tropecé y me caí al suelo. Rodé por la acera y me clavé la mochila y todo su rígido contenido en el costado. A causa del miedo había dejado de mirar el suelo y me había tropezado con alguna piedra, o eso creía yo. Cuando abrí los ojos vi con que me había tropezado. Grité, claro que grité, grité de terror, esto no podía estar pasando de verdad, no podía ser cierto.

Una mano desmembrada había sido la causante de mi caída. Estaba cubierta de sangre, aún fresca. Sentí una arcada recorrer mi esófago, el olor que desprendía era nauseabundo. La chuté con el pie con fuerza, alejándola de mí, y me arrastré hasta chocar con la pared. Una mano, ¡mierda! ¡una mano! Me miré las mías, estaban en su sitio, luego me miré los pies, tenía la zapatilla con la que había chutado la mano manchada de sangre.

«Idiota», pensé, acababa de dejar un rastro mío en esa mano, ¿y si la policía me tomaba por un asesino? o aun peor, yo podría ser la próxima víctima. ¿Dónde estaba el causante? Solté una sarta de palabrotas acongojado y después miré hacia atrás, hacia el cuerpo del hombre herido. Ya no estaba.

—Debo de estar soñando —me susurré a mí mismo—. Las personas no desaparecen así sin más y tampoco te encuentras manos arrancadas y ensangrentadas por la calle. Eso es, es un maldito sueño y aún no he despertado, en nada sonará el despertador, si acaso Trafi se tirará encima mío y me despertará, porque esto no es real, no puede serlo.

No me percaté de que unas gotas se deslizaban por mis mejillas a causa de la lluvia. Parecía que estaba llorando, pero comprobé que no era así, solo me faltaba eso, ponerme a llorar. Ya estaba bastante histérico como para eso. A causa del susto me estaba costando respirar. Desde pequeño había sido asmático y en situaciones de estrés o miedo era bastante propenso a ataques de asma. Lo que estaba viviendo en estos momentos era un claro caso de terror. Estaba empezando a hiperventilar, me estaba ahogando, rebusqué en la mochila en busca del inhalador.

El ataque de asma era real y, por lo tanto, todo lo que estaba sucediendo también, para mi desgracia. Tenía que largarme de allí cuanto antes. Aspiré el aire del inhalador, una, dos, tres... Conseguía respirar otra vez, sentí como se volvían a abrir mis bronquios. Ya me podía ir, o tal vez no. Alguien me agarró con fuerza del hombro.

Era el hombre rapado del suelo. Cuando le vi la boca llena de sangre mi instinto se apoderó de mí y le golpeé con la mochila, logrando escabullirme. Me alejé un poco de él y así poder mantener una prudente distancia entre ambos; quería salir corriendo, pero a mis pulmones aún les costaba respirar y no llegaría muy lejos. No tuve tiempo para pensar pues el hombre se me tiró encima. No sería mucho más alto que yo, y aunque mi complexión física no es que fuera muy buena, su fuerza era descomunal. Volví a interponer mi mochila entre su cara y yo. Mantenía la boca abierta de par en par y le veía salivar, intentó acercar su rostro a mis brazos en varias ocasiones. Tenía la intención de morderme. ¡Estaba enfermo! ¿De dónde había salido? Con la adrenalina del momento volví a zafarme de él y hui callejón abajo, tal vez podría esconderme en algún lugar. A cuenta de la lluvia volví a resbalar por las escaleras, pero esta vez mantuve el equilibrio y evité golpearme contra el duro suelo de piedra.

Mi corazón bombeaba demasiado rápido y fuerte, sentía que se me podía escapar. Al levantar la vista lo vi, detrás de los contenedores, justo debajo de las escaleras de piedra, se esparcía un charco de sangre. Me acerqué cautamente y me encontré el cuerpo de una mujer mayor, por el aspecto parecía una indigente, no tenía ropa de abrigo y la que llevaba estaba desgastada, eran trapos harapientos y mugrientos. Ahogué un grito y me aferré con fuerza a la mochila, la señora estaba llena de mordiscos y tenía trozos de piel desgarrada, además de la mano derecha arrancada, por la expresión de su cara debía de estar viva cuando comenzaron a comérsela.

De repente escuché un gruñido. El hombre rapado me había encontrado. Se volvió a lanzar sobre mí. Me intentó golpear la cabeza, pero justo en ese momento retrocedí esquivándolo. El segundo golpe no me dio tiempo a esquivarlo y acabamos golpeándonos contra los contenedores. Intenté zafarme de él, pero fue imposible. Me clavó los dientes en el brazo. Solté un alarido, noté como me rasgaba la carne. No podía acabar como esa señora, no, no podía, yo no.

Y entonces la presión que ejercía sobre mi desapareció junto con el dolor del brazo, que cesó de golpear. Algo me había quitado al hombre de encima. Me miré el brazo, estaba perdiendo mucha sangre y estaba empezando a marearme del *shock*. Algo tiraba de mí para que me levantara. Era otro hombre, no, era un joven, no sería mayor que yo. Vestía ropas negras lo que le daba un aspecto mayor del que tenía realmente. Intenté librarme de él. Con un psicópata drogadicto que intentase comerme era suficiente, frente a dos no tendría ninguna oportunidad, si es que contra uno tenía alguna.

—Cálmate idiota —me dijo el joven— te estoy ayudando, así que más te vale largarte de aquí y no molestar.

No me dio tiempo a responder porque en ese preciso momento me apartó a un lado de la callejuela, para evitar que el drogadicto, si es que lo era, nos mordiera. Se alejó de mí captando la atención del atacante. Me pareció verle una navaja, tal vez una daga en la mano o tal vez no, no podía verle con claridad. Estaba perdiendo mucha sangre, haciendo que el mareo aumentase y no solo eso, la herida se me estaba infectando. Susto tras susto mi condición de asma empeoraba incesantemente. Me incorporé tambaleándome, como se habían alejado unos pocos metros de mí a causa de la pelea, decidí aprovechar el momento. No iba a poder ir muy lejos yo solo en mi estado. Busqué el inhalador, pero no estaba, se me debía de haber caído con el forcejeo. La lluvia había cesado, pero tenía todas las ropas caladas, dificultándome el movimiento.

A duras penas conseguí llegar hasta el cuerpo de la mujer muerta que estaba en pleno *rigor mortis*. Miré a mi alrededor en busca de un arma. Vi una botella de cristal, junto al cuerpo, que posiblemente habría contenido vino en algún momento, la golpeé contra el suelo partiéndola por la mitad. Sentí una punzada de lastima por la mujer, que a pesar de no tener una vida fácil no se merecía acabar de aquella manera, de la misma que podría acabar yo.

Sentí el fétido aliento del hombre detrás mío y en el preciso momento en el que me giré para verlo, se abalanzó sobre mí. Lo siguiente que recuerdo es encontrarme en el suelo con el cuerpo inerte del atacante sobre mí. Sus ojos habían perdido color y ya no emitía ningún sonido. Me miré las manos y vi la botella de cristal incrustada en su

pecho, le había perforado el tórax con su peso destrozándole el corazón. Lo siguiente que recuerdo es ver los ojos verdes del joven que me ayudó, llenos de ira y tal vez preocupación.

—Idiota, idiota, idiota, no sabes lo que has hecho, él no tenía que morir, te acabas de condenar tú solo —y entonces perdí el conocimiento.





Capítulo 2

EL DESPERTAR

Me desperté dolorido y atontado. Poco a poco fui abriendo los ojos y me fijé en las sábanas de algodón, ásperas al acto y algo descoloridas de tanto lavarlas. Las paredes, azules, le daban un aspecto triste y apagado a la estancia. Solamente había una televisión vieja colgada frente a la cama y un armario blanco bajo ella. No estaba en mi habitación, esa no era ni mi cama, ni mis paredes llenas de posters. Cuando fui a moverme sentí un dolor agudo en mi brazo izquierdo. Tenía una vía colocada, al moverme había sentido un molesto esparadrapo sobre mi mano sujetando el catéter de plástico, seguí con la mirada el rail que tenía enganchado y vi que la bolsa de suero a la que estaba conectada estaba a punto de acabarse.

—Buenos días, bella durmiente —dijo una voz femenina que conocía muy bien.

Maggie estaba sentada en un sillón cercano a mi cama, tapada con una manta verde y en su regazo descansaba un voluminoso libro. Por el grosor sería su adorado libro *El señor de los anillos*. La habitación olía a café de máquina, busqué con la mirada el vaso de plástico, que encontré en el suelo junto al sillón donde estaba sentada mi amiga, Maggie. El vaso estaba lleno aún, pero supuse que ya estaría frío. Me sonrió y se aproximó a mí.

—¿Dónde estoy? —pregunté. Obviamente sabía dónde estaba, pero necesitaba confirmarlo.

—En el hospital de Basurto, bienvenido al año 2019, te resultará todo un poco confuso, pero no te preocupes yo seré tu guía.

—¿Qué? —exclamé consternado— ¿2019? —me fijé en ella, seguía igual, tenía el mismo pelo corto y castaño de siempre, junto con las gafas negras de pasta que tanto le gustaban y que le hacían la cara más redondita.



—Sí, así es, has pasado dormido dos años, te has perdido muchas cosas. Nuestro instituto acabó incendiado dios sabe por quién, tu padre se ha buscado un oficio diurno, la profesora de mates por fin se ha casado y mi hermano ha conseguido ser un boxeador profesional —no había terminado la última frase cuando ambos empezamos a reírnos.

Aunque pasaran diez años, ninguna de las cosas que había mencionado sucederían nunca y lo sabíamos. La profesora de mates era una mujer tan fría que daba miedo acercarse a ella, teníamos entendido que en todas sus citas los hombres salían corriendo. Y cuando no nos iba muy bien en el instituto (que solían ser todos los días), fantaseábamos con que se incendiaba, se inundaba o se derrumbaba, algo improbable, pero era una manera muy eficaz para sentirnos mejor y poder pensar que seríamos libres. Y bueno, mi padre era caso aparte, ningún trabajo conseguiría sacarlo de su mundo nocturno, sus borracheras, sus fiestas y sus apuestas. Por otro lado, el hermano de Maggie, Jon, era el tipo más peligroso con el que te podrías cruzar por la calle, nadie sobrevivía a sus ganchos, por eso muchas veces bromeábamos con que era un boxeador de elite.

—Vale, vale, es broma, solo has estado durmiendo unas ocho horas y como un bebé ¿sabes que roncas? —dijo ella mientras intentaba roncar para burlarse un poco de mí.

—Por cierto, ¿dónde está mi padre? —pregunté, ignorando su comentario.

—Está en el pasillo, discutiendo con una enfermera —movió la mano tratando de restarle importancia al asunto. Yo suspiré.

—¿El motivo?

—La tele no funciona —volvimos a reírnos. En verdad me alegraba que estuviera Maggie en vez de mi padre cuidando de mí. Ella había sido mi mejor amiga desde que éramos unos niños, me conocía mejor que nadie y sabía hacerme reír.

—Ahora en serio Maggie ¿Qué me ha pasado? —ella entornó los ojos.

—¿No lo sabes? —preguntó. Negué con la cabeza, no recordaba mucho—. Te encontraron en medio de la calle inconsciente y empapado. Estabas lleno de sangre y se asustaron mucho. Cuando se acercaron creían que estabas muerto, vieron la herida de tu brazo y se alarmaron más aún, dijeron que buscaron más heridas, pero no encontraron nin-

guna, tenías el pulso muy débil y no pensaban que fueras a llegar vivo al hospital —hizo una pausa— los doctores dicen que tal vez un perro callejero te atacó y a causa del *shock* perdiste la consciencia y a cuenta de la pérdida de sangre llegaste a ese estado. Yo hablé con ellos y les dije que eras asmático, pero no encontraron ningún inhalador. Y eso me resultó muy raro, ya que siempre lo llevas encima.

Mordisco. Esa palabra apareció en mi mente. Entonces empecé a recordar, varias imágenes vinieron de golpe a mi cabeza. Maggie siguió hablando acerca de los médicos, de cómo se enteró y lo preocupada que había estado, pero no podía concentrarme en su voz. Me pareció recordar la voz grave de algún hombre, pero no conseguía entenderla. Era muy frustrante.

—¿Te duele la cabeza? —me preguntó ella, me di cuenta de que me estaba sujetando la sien con la mano derecha y vi las vendas que cubrían mi brazo. Me dolía, pero, aun así, tenía que comprobarlo. Comencé a soltar las vendas—. ¿Estás loco? Está infectado ¡no te lo puedes quitar!

Ahí estaba, un mordisco bastante feo, pero, para mi sorpresa, el tamaño y la forma no eran de una boca humana, parecía el mordisco de un perro. Por eso el comentario de los médicos. Pero yo sabía que era el hombre rapado quien me había mordido, un hombre, no un animal. Algo no estaba bien en todo esto. Nada tenía sentido.

—¿Y bien? ¿Ya estás contento? Ya te has visto la herida, ¿puedes vendártela ya? —al ver que no respondía, me preguntó— ¿Lucas, qué pasa? Te has puesto pálido.

—Antes me has preguntado si recuerdo algo —hice una pausa, iba a sonar como un demente y más en ese estado en el que me encontraba—. Lo que recuerdo es una pesadilla, una nefasta pesadilla en la que coinciden muchas cosas con la realidad.

Le relaté la historia lo mejor que pude, tenía alguna que otra laguna en mi cabeza y muchas cosas parecían demasiado irreales para que sucedieran de verdad, por lo tanto, mi cabeza debía de haberlas alterado a causa del miedo. Vi cómo se removía en el sillón, pero no me interrumpió en ningún momento del relato, lo que no sabía si era bueno o malo. Era muy dada a historias de fantasía o relatos de terror, sabía que le gustaba escucharlos o leerlos. Pero aquello era real, o eso pensaba yo. Y tal vez no me creyera, tal vez tuviera razón y me mordió un

perro, tal vez solo fue un ataque de asma y mi cabeza se ha creado su propia película, con la que me estoy empezando a volver loco.

—¿Estás seguro de que lo que te han dado son antiinflamatorios?
—fue lo único que dijo.

†

Pasé la noche en el hospital, Maggie se fue a casa. Al día siguiente se tendría que enfrentar a un duro día en el instituto ella sola, irónicamente la compadecía, soportar dos horas seguidas de historia era peor que estar en el hospital con el brazo vendado. Mi padre consiguió arreglar la televisión de la habitación poco antes de marcharse a trabajar. Durante la noche no vino ninguna enfermera a molestarme y no tenía ningún compañero de cuarto con el que charlar. Estaba completamente solo, lo que me resultaba inquietante.

Lo peor vino al acabarse la tarifa de la televisión, había estado en emisión un reportaje sobre la gastronomía vasca, no le había prestado mucha atención, pero ahora que había dejado de funcionar reinaba un completo silencio.

Me removí inquieto, no sabía qué hora era, pero hacía rato que nadie paseaba por los pasillos. Poco después de irse Maggie, la enfermera me quitó el suero y me suministró varios antibióticos para la infección. Por culpa de la medicación todavía seguía algo atontado y no me había visto con las suficientes fuerzas para levantarme de la cama en todo el día, pero ahora que estaba solo aproveché para moverme un poco. Aparté las ásperas sábanas y fui al baño, sentía la vejiga a punto de estallar, me estaban empezando a pasar factura tantas horas en la cama. Un incesante zumbido acompañaba a la luz anaranjada del baño, al igual que en la habitación, las paredes estaban cubiertas de un apagado papel azul, algo mohoso en las esquinas a causa de la humedad de las cañerías.

Me miré en el espejo, me sorprendió ver que aparte de mis habituales ojeras tenía ahora un enorme moratón en la sien. Me reí, tenía un aspecto lamentable. Me alegré de no tener el pelo muy largo pues me hubiera sido imposible peinarlo, estaba grasiento por el barro y me pareció ver un pegote negruzco que colgaba de la nuca. Contrastaba con el color castaño de mi pelo, tiré de ello, estaba pegado a mi fino pelo por lo que me hizo arrancarme más de un cabello para quitármelo, era sangre seca.

Me recorrió un escalofrío. Volví a la habitación y cogí uno de los *dónuts* de chocolate que Maggie me había traído, eran sus favoritos, me fijé que en la cajita en la que estaban tenía el precinto quitado, no me extrañé al levantar la tapa y comprobar que faltaba algún que otro *dónut*.

Iba a ser una noche larga si no conseguía dormirme. Necesitaba despejarme y poder pensar con claridad, Maggie se había ido al poco de relatarle la historia. Yo sabía que no me creía, era demasiado irreal y había muchas lagunas en el relato, no podía culparla. Pero había sido tan real para mí, el miedo, el dolor, la angustia, todo. El problema era que no tenía pruebas sólidas al respecto, pero si ni mi mejor amiga me creía, no iba a perder el tiempo yendo a la policía. En el peor de los casos acabaría visitando al psiquiatra del instituto en lo que me quedaba de curso.

Era la primera vez en mi vida que pasaba la noche en un hospital, tenía cierta curiosidad por inspeccionar los pasillos y habitaciones, así que decidí dar una vuelta, de todas formas, no iba a conseguir dormir. Miré el número de mi habitación, 444. A diferencia de lo que pensaba, el pasillo no estaba desierto, algunos pacientes al igual que yo habían decidido hacer una escapada nocturna. Me crucé con un hombre entrado en años que empujaba el atril del suero tras de sí, andaba de manera pesarosa, arrastrando unas viejas y descoloridas zapatillas de casa sobre el pulido suelo. Ni siquiera me miró al pasar a mi lado, iba murmurando algo que no llegué a entender. Decidí dirigirme hacia la máquina de cafés, a lo mejor encontraba compañía en la sala de estar.

Sin embargo, estaba vacía. Tampoco tenía dinero para comprarme un café, resignado golpeé la máquina, últimamente estaba teniendo muchos arrebatos de ira, tendría que empezar a controlarme. Se escuchó el sonoro clic seguido del traqueteo de la máquina, me sobresalté al descubrir que se puso en marcha y comenzó a expulsar café, no había colocado ningún vaso de plástico y el coladero no parecía tragar bien, por lo que, acabe creando un charco en el suelo. «Genial —pensé—. Lo mejor será alejarse y hacer como que no sé nada».

Seguí recorriendo los pasillos, esta vez en busca de mi cuarto, me había desorientado un poco, debía de seguir algo aturdido por las pastillas. Llegué a la recepción de la planta y tampoco vi a nadie. Ninguna enfermera a la vista. «¿Y a esto lo llaman trabajar?» Cogí un folio de la mesa y lo ojeé un poco por encima. Era una lista con los nombres de los enfermos.

Involuntariamente busque el mío. Lucas Cardiel, habitación 444, ala izquierda. Bueno, al menos ya sabía por dónde tenía que ir.

Coloqué la mano en la pared a la vez que andaba, era una vieja manía que tenía. Mi madre solía hacerlo para no perderse cuando andaba por lugares que no conocía, me pareció un gesto curioso y comencé a imitarla, antes de darme cuenta se había convertido en un hábito.

Estaba tan concentrado en mis pensamientos que tarde en notar el frío. Cuando intenté mover los dedos y darme cuenta de que no podía doblarlos fue cuando me miré la mano, la tenía helada, estaba tan entumecida que apenas podía moverla. La acerqué hacia mi pecho intentando hacerla entrar en calor, pero el frío aumentaba por toda la planta del hospital a una velocidad escandalosa. La pared contenía una fina capa de lo que parecía escarcha. «Me estoy empezando a volver loco o se han pasado con el aire acondicionado». Mi cuerpo comenzó a tiritar y aceleré el paso, giré a la izquierda, mi habitación tenía que estar en ese pasillo, la segunda puerta en aparecer. Por el rabillo del ojo me pareció ver a alguien detrás de mí. Me giré, no necesitaba más hombres rapados como los de esta mañana. Pero era una mujer a quien vi, a pesar de estar lejos pude ver que era alta y tenía el pelo largo y de color caoba. Me resultó curioso que no llevara puesto el pijama del hospital, en su lugar vestía un camisón negro. La seguí.

—¡Eh! ¡Espera! —exclamé.

Para mi sorpresa, me esperó. Estaba de espaldas a mí, a medida que me acercaba me di cuenta de la extrema delgadez del cuerpo, por culpa de ello era bastante andrógino y ya no estaba tan seguro de si era una mujer, simplemente me incliné por esa opción porque llevaba un camisón. Despacio, me acerqué más a ella.

—¿No tienes frío? —pregunté, posé mi mano en su hombro, pero tuve que apartarla al instante, estaba congelada. Me ardía la mano del breve contacto con su piel. La rodeé y la miré de frente.

Tenía un color de piel muy pálido, casi traslúcido, daba la impresión de estar enferma. Su cara, al igual que su cuerpo, era bastante andrógino, facciones marcadas, labios finos y una nariz aguileña. Sus ojos eran grandes y negros, enormes cuencas negras que me miraban. A pesar de todo me pareció hermosa, no sabía cómo explicarlo, pero algo me atraía, un magnetismo que me hacía mirarla. Me quedé quieto sin apartar mis ojos de los suyos. Estaba esperando, aguardando cualquier movimiento suyo.

Permanecí quieto mientras me inspeccionaba, notaba su gélida mirada a través de la piel. «¿Quién eres?» quise preguntar.

—¿Qué soy?, sería más adecuado preguntar —se me heló la sangre, ¿me había leído la mente?—. Pero eso lo acabarás adivinando por tu cuenta.

Nada, el timbre de su voz tampoco me daba ninguna pista sobre su sexo, pero eso me dejó de importar en el momento que la volví a mirar a los ojos. Su magnetismo era impresionante y tenía un mal presentimiento sobre *Ella*, sentí la adrenalina recorrer todo mi cuerpo, estaba en tensión. Sentí la amenaza que producía su presencia.

—Seré breve y concisa, esta mañana mataste a uno de mis cachorros y ahora deberás pagar por ello —tragué saliva, su voz no había cambiado un ápice, pero era una amenaza en toda regla—. ¿Creías que te ibas a ir tan campante? —se carcajeó cínicamente.

Pensé en todos los sucesos que había vivido esta mañana, la persecución, el hombre rapado, la anciana desangrada... entonces, fue real, no me estaba volviendo loco, bueno no del todo. Él me mordió y me persiguió callejón abajo y posiblemente él había matado a la indigente. Pero ¿cómo demonios lo sabía ella? Peor aún, ¿qué tenía que ver ella en todo este asunto? ¿Me había visto matarlo?

—Sí, tú le mataste —me había vuelto a leer la mente—, sigo sin poder creerme como fuiste capaz de eso. Pero da igual, porque ahora tú te convertirás en él —sonrió, dio media vuelta y empezó a andar por el pasillo.

—Espera, ¿qué? —me fijé en que tenía los pies descalzos—. Yo no pienso convertirme en un drogadicto que muerde gente, tenlo muy claro. ¡Y yo solo me defendí, fue en defensa propia!, eso no es asesinato, no lo es —grité. Aunque no tenía muy claro porque había dicho la última parte, tal vez el pensamiento de haber acabado con la vida de alguien me había estado torturando inconscientemente.

Era curioso, porque hasta ahora no había reparado en eso, no me había visto como un asesino, solo me había preocupado mi brazo y, tal vez, que me creyeran o me dijeran que no estaba loco. Pero había matado a un hombre hacía unas horas y no tenía ningún remordimiento, culpabilidad o malestar alguno. Cavilando en ello la seguí en su paseo, necesitaba saber más.

Me condujo hasta una habitación, en ella descansaba una mujer adulta, no me atreví a decir nada, sentía que estábamos asaltando su intimidad, mis labios permanecieron sellados, sabía que era mejor no llevarle la contraria.

—¿Sabes por qué está aquí? —me preguntó refiriéndose a la mujer que dormía plácidamente.

Negué con la cabeza, no la conocía de nada. Al ver que no me respondía, me atreví a inspeccionar la habitación. Tenía un ramo de flores en la mesita al lado de la cama, posiblemente de algún familiar cercano, varios dibujos colgaban de la pared. En uno de ellos salía dibujada una casita y varias personas, en otro ponía «mamá, mejórate» y un corazón enorme. Eran de sus hijos. Pero lo que me dio la pista fue un pañuelo rosa que colgaba del barrote de la cama.

—Tiene cáncer —me aventuré a decir.

—Así es, tiene un cáncer terminal, de mama. Los médicos no le han dado mucho tiempo de vida, una semana a lo sumo —sonrió y eso no me gustó— se equivocaban, su tiempo ha llegado a su fin.

No llegué a preguntar nada porque en ese preciso instante la vi crear de la nada una especie de bola brillante, presencié como extraía del cuerpo de la mujer una especie de luz y la iba introduciendo en la bola que sostenía en sus manos. Una vez terminó, un fuerte destello iluminó la estancia. Me tapé los ojos de forma instintiva, cuando volví a abrirlos, ella estaba sentada sobre la cama, con su gélida y huesuda mano sobre la cara de la mujer. Todo se paró de golpe, el tiempo se congeló, el aire se condensó y sentí como mi corazón era estrujado por el frío. Todo pasó muy rápido, aunque tal vez no demasiado, aún me costaba respirar. Ahora el alma de la mujer se encontraba frente a mí, traslúcida, a través de ella podía ver su antiguo cuerpo yacer sobre la cama. Estaba tranquila, se acercó lentamente hasta la cama, permaneció quieta mientras se miraba a sí misma. Sentí una punzada de dolor al pensar en sus pobres hijos cuando fueran a la mañana siguiente a visitarla y recibir la mala noticia de que ya no estaba. Estaba seguro de que ella también lo pensaba.

Me giré hacia el otro lado de la cama y me topé con sus cuencas negras, se aproximó a mí. Ya sabía que era y sabía que no tenía opción de discutir. Ella ganaba, siempre lo había hecho. Nadie podía pelear contra la muerte.

—Le quitaste la vida a quien no debías, y ahora tendrás que reponer tu error, te doy dos opciones —se acercó a mí por detrás y me agarró del cuello— me entregas tu alma aquí y ahora y le devuelves la vida a mi cachorro. Una vida a cambio de otra, es justo, todo necesita un equilibrio —la presión aumentó, me resultaba difícil respirar—, o tú te conviertes en mi nuevo cachorro. Pero te aseguro que no será nada agradable.

Era simple, o moría ahora o la servía. Mis opciones eran escasas y ninguna me alentaba. Pero está claro que ninguna persona quiere morir y menos cuando eres tan joven. No dude en el momento de la elección, aunque sabía que me iba a arrepentir de ello.

—Te serviré —ella torció la comisura de su boca ligeramente a modo de sonrisa, había elegido lo que ella quería. Me soltó con desprecio.

Entonces, acercó su rostro al mío y me dio un beso. Estaba fría como el témpano y me estremecí de arriba abajo, no duró mucho el contacto con sus labios. En mi cabeza comenzaron a retumbar sus palabras, «pacto sellado» cerré los ojos, estaba algo mareado.

—¿Es qué estás sordo? ¿no me has oído? Quitate del medio y no te quedes con esa cara de bobalicón que tienes —gruñó el anciano del atril.

Lo miré desconcertado, él me ignora y se fue refunfuñando arrastrando pesarosamente las zapatillas. volvía a estar frente a mi habitación en el preciso instante en el que me crucé con el señor. La diferencia es que esta vez sí había enfermeras pasando por los pasillos. Me giré en redondo y agarré el pomo de la puerta. No podía ser, el número de la habitación era otro, 206.